

ct

Noventa minutos

de
Raquel Pulido

(fragmento)

Inspirado en *El príncipe rana o Enrique el Férreo*,
de los hermanos Grimm.

Sobre un escenario vacío vemos a JIMENA (35 años) con un balón de fútbol de color dorado y una maleta grande. Viste equipación deportiva y lleva el pelo recogido.

JIMENA

Imitando la voz impersonal de una azafata por megafonía.

Rogamos a los señores pasajeros del vuelo 7578 con destino Alicante, se presenten en la puerta de embarque. Les recordamos que solo podrán llevar consigo un bolso de mano y una maleta pequeña de cabina. Gracias.

Comienza a dar toques de balón con el pie. Cuando lleva diez, se detiene.

Dar toques al balón me relaja más que quedarme dormida en la playa. Más que ir al *spa*. Más que un orgasmo de los buenos.

El balón con el que entrenábamos era nuestro amuleto de la suerte. En ninguna temporada nos había ido tan bien.

Yo amaba aquella esfera dorada de veinte hexágonos y doce pentágonos perfectos como la abeja reina ama a su panal.

Se coloca el balón bajo el brazo y camina arrastrando la maleta de dos ruedas. Se detiene frente al público, como si esperara en una fila.

Uno de julio. Como éramos previsoras, llegamos al aeropuerto de Barajas con tres horas de antelación para coger un vuelo nacional de cincuenta minutos. Sin embargo, nos encontramos con una aglomeración terrible de gente.

Después de noventa minutos en la cola del mostrador de facturación, una azafata bastante estresada nos comunicó que estaban saturados de trabajo y que nuestras maletas tendrían que ir en cabina.

Comienza otra vez a dar toques de balón, esta vez con la rodilla. Cuando llega a ocho, se detiene.

69 centímetros. ¿No es erótico? Nuestro balón de la suerte tenía una circunferencia de 69 centímetros. Podría haber medido 68 o 70, que está dentro de lo que contemplan las normas. Pero no, nuestra pelotita mágica medía exactamente 69 centímetros, y aquella temporada nos había dado más placer que el mejor de los amantes.

Saca del bolsillo de la maleta una bolsa de tela y mete en ella el balón, colgándose acto seguido la bolsa al hombro.

El deporte libera endorfinas, la hormona de la felicidad. Igual sucede con el sexo; pero aquella azafata tenía cara de no practicar ninguna de las dos cosas.

Jimena juega a representar un diálogo con la azafata de vuelo. Para ello se coloca a uno y otro lado de la maleta.

Mostrando la tarjeta de embarque y el DNI.

Buenos días.

JIMENA/AZAFATA

Mirando la enorme maleta, con tono avinagrado.

¿Ha llegado tarde a facturar?

JIMENA

¡No! Hemos llegado hace más de dos horas. Pero su compañía parece ser que no ha previsto el colapso de viajeros o bien ha querido ahorrarse la contratación de personal extra.

JIMENA/AZAFATA

Con una amplia sonrisa que contrasta con una actitud bastante ácida.

Señora, en esta compañía todas las fechas especiales son previstas con antelación y reflejadas en el plan anual de navegación aérea.

JIMENA

Aparte.

Nunca me han sacado una tarjeta amarilla. Jamás. Y llevo jugando al fútbol desde los siete años.

Roja sólo en una ocasión. Una tía tocapelotas del equipo contrario sabía que yo no tenía madre y se cagó en mis muertos. Me miró a los ojos y me lo soltó a bocajarro, para hacerme saltar. ¡Y claro que salté!

JIMENA/AZAFATA

Señalando la bolsa de tela de Jimena.

Si no me equivoco, lleva un balón. Déjeme informarle que el equipaje deportivo se considera equipaje especial. No hay problema en que suba a cabina con él, previo abono de la tarifa correspondiente.

JIMENA

¿Qué? ¡Venga ya, tía!

JIMENA/AZAFATA

Imperturbable.

Son cuarenta y cinco euros, señora.

JIMENA

¡Ni que llevara una piragua!

Saca el balón de la bolsa, lo lanza al aire y lo vuelve a coger.

JIMENA

La que se lio a partir de ese momento fue bien gorda. En estos casos hay mucho corporativismo. Ni la supervisora, ni el guarda de seguridad que vinieron a mediar en el conflicto se atrevieron a quitarle la razón a la petarda aquella. Hasta mis compañeras quisieron hacer un bote para pagar los cuarenta y cinco euros con tal de montarnos de una vez en el avión. Para colmo, el resto de pasajeros empezó a increparme. Empatía cero. Bueno, todos excepto él: mi férreo defensor.

Comienza a dar toques de balón con la cabeza. Llega hasta cinco y se detiene.

JIMENA

Mi padre trabajó toda su vida como representante comercial. Cuando mi madre murió, él se quedó al frente de la educación de tres niñas. Yo tan solo tenía dos años. No fue fácil, pero salió bien. Él me inculcó lo que sabía.

Imitando la voz de su padre.

“Jimena, cuando una persona de ley da su palabra, es como si firmara un contrato”.
Y me transmitió lo que le apasionaba: correr detrás de un balón.

Da un par de toques más con la cabeza y coge el balón entre sus manos.

Un mes antes del aquel lío en el aeropuerto, Merche, una de las centrocampistas del club, me pidió que la acompañara a una vidente argentina que tenía fama de ser buenísima con la bola de cristal. Yo no creía en nada de eso, pero acabé picando.

Jimena comienza a imitar a la vidente, mirando fijamente al balón dorado, el cual sostiene en una mano, cual bola de cristal.

JIMENA/VIDENTE

Tenés que tener cuidado con tu temperamento para no encontrarte con algún problema... ¿Sabés? Vienen cosas nuevas. Tendrás que tomar decisiones importantes. La vida te va a cambiar a vos radicalmente, ¿eh?

JIMENA

Cansada de ambigüedades.

Bueno, ¿y de hombres qué?

JIMENA/VIDENTE

Conocerás a alguien que marcará tu vida en un viaje.

Mirando muy concentrada en su bola de cristal y arrugando el ceño.

¡Un viaje un tanto accidentado!

JIMENA

Sarcástica.

¡Será el de la grúa!

Se pasa repetidamente el balón de una mano a otra con gran agilidad.

Nuestro entrenador solía decir que en el fútbol y en la vida todo es cuestión de estrategia.

Pasábamos horas frente a la pizarra estudiando tácticas ofensivas en el juego. Lo más importante es observar al contrario y saber cuál es su punto débil.

Mi debilidad era nuestro balón dorado de la suerte, y él lo supo desde que me vio.

Con voz masculina.

“Me llamo Enrique. ¿Cenarás conmigo?”

Me lo preguntó sin rodeos. Yo lo miré con cara de asombro. Él me sostuvo la mirada, sin cortarse.

“Si soluciono esto, ¿me dejarás invitarte a cenar?”

A mis compañeras aquello les resultó muy romántico. Sin embargo, yo crecí levantándome del suelo sin llorar cuando me caía de la bici y yendo a pescar con mi padre los domingos.

Afortunadamente, no me contaron historias de príncipes que vienen a solucionarte los marrones y luego te invitan a cenar. Y para ser sincera, no me gustó que él pusiera una condición para ayudarme, pero acepté. Acepté antes de que los demás pasajeros se sublevaran. Acepté porque una vieja medio chiflada insinuó que yo podía llevar droga dentro del balón y empecé a imaginarme al resto de viajeros arrebatándome nuestra esfera de la suerte y rajándola con un cuchillo jamonero. ¡La histeria colectiva llega a esos extremos!

Coge el balón, lo lanza al aire, le da un toque con el hombro y lo vuelve a tomar entre sus manos.